

calor. Notaba yo que no había afinidad entre nosotros, que otra vez estaba solitario. Era yo para ella lo que es, por ejemplo, para la palmera, la tela de araña que en ésta se engancha por casualidad y que el primer soplo de viento arranca y se lleva.

Dí una vuelta por el parque en donde tocaba la música, y luego entré en el casino. Allí ví mujeres, mujeres vestidas con lujo y muy perfumadas. Cada una me dirigía una mirada que significaba: «¡Hola! ¿te has quedado solo? Lo siento ¡cómo ha de ser!...»

Luego salí a la terraza y miré un buen rato la mar. A lo lejos, en el horizonte, no se veía una vela. A izquierda, en la violada bruma, descubriáanse montes, jardines, torres, casas. Sobre todo esto resplandecía el sol; pero todo era para mí indiferente, extraño, borroso...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AVD. LOS BENTLEY, MEXICO

CAPÍTULO XVII



ZENAIDA Fedorovna, venía como antes, todas las mañanas, a mi cuarto, a desayunar conmigo; pero no comíamos ni cenábamos juntos. Decía ella que no tenía apetito, y alimentábase solo de café, té o ligeras golosinas, como caramelos o naranjas.

Ya no conversábamos por las tardes. Desde que la sorprendí llorando, me trataba con alguna ligereza, a veces con negligente desdén y hasta ironía y no sé por qué, me llamaba «querido.» Lo de mi pasado, que antes le parecía maravilloso y heroico y terrible y provocaba en

ella envidia y entusiasmo, ya no le interesaba ahora, y después de escucharme hasta el fin, solía decirme ahogando un bostezo:

—¡Sí, todo eso ha sido; todo eso fué, señor mío!

Por otra parte, sucedía no verla yo durante días enteros... Tímidamente, con apariencia culpable llamaba yo a su puerta: no contestaban. Volvía a llamar: igual silencio. Permanecía junto a la puerta aguzando el oído. Pasaba la criada y me decía: «La señora ha salido». Entonces empezaba yo a pasear por el pasillo de la fonda, andaba y más andaba... Me cruzaba con ingleses, con damas de opulento talle, con camareros de frac... Y, con los ojos sobre la rayada alfombra que reinaba en toda la longitud de aquel pasillo interminable, acudía a mi imaginación la idea de que en la vida de aquella mujer representaba yo un papel extraño, tal vez falso, y que no estaba en mi poder modificarlo.

Corría a encerrarme en mi cuarto, me echaba en la cama y reflexio-

naba, reflexionaba eso y más; pero sin poder descubrir salida alguna para mi situación. Lo único que veía claro es que quería vivir y que cuanto más seco y duro se volvía su rostro y cuanto más gracia perdía, tanto más cara me era y con tanta mayor fuerza y tanto mayor dolor sentía yo el lazo que a ella me unía.

¡Acepto lo de «querido», acepto el tono ligero y algo desdeñoso, lo aceptaría todo; pero no me abandones, tesoro mío adorado!... Ahora me espanta el quedarme solo...

Luego, voy de nuevo al pasillo para esperarla... No ceno, no me entero de que la noche pasa. Al fin, entre las diez y las once, oigo los pasos que tan bien conozco y, a la vuelta de la escalera, aparece Zenaida Fedorovna.

—¿Se pasea usted?—me pregunta al pasar delante de mí.—Mejor estaría en la calle para pasear... ¡Buenas noches!

—¿Ya no la volveré a ver hoy?

—Me parece que es tarde. Sin embargo, si usted desea...

—¿Dígame, a dónde ha ido?—continué, siguiéndola a su cuarto.

—¿Que a dónde he ido? Pues a Monte-Carlo... ¡Mire! (Sacó del bolsillo una docena de luses). He ahí lo que he ganado a la ruleta, señor mío.

—No ha jugado usted... nó; ¿verdad que no?

—Sí. ¿Por qué no?... Pienso volver mañana.

Me la imaginaba afeada, encinta, enclenque, apretadísima, sentada ante el tapete verde, en medio de cortesanías, de viejas locas, amontonadas junto al aro, como moscas en la miel... Y me preguntaba a mí mismo, por qué razones iba a Monte Carlo, ocultándose de mí.

* * *

—No la creo—le dije una noche: no ha ido usted allí.

—No se preocupe; no puedo perder mucho.

—No se trata de lo que usted pueda perder—repliqué enfadado.—¿No ha pensado nunca, al jugar allí, que el brillo del oro, que todas esas mujeres, jóvenes o viejas, esos *croupiers*, ese medio, que todo, en una

palabra, es un insulto cobarde y odioso a la labor del obrero, a su sudor de sangre?

—¿Y qué quiere usted que se haga en este país, si no se juega?... Además, esa «labor del obrero» y ese «sudor de sangre», son elocuencia que le ruego reserve para mejor ocasión. Hoy, ya que ha atacado usted este punto, permitame dirigirla claramente una pregunta: «¿Qué tengo que hacer yo aquí? ¿Y qué voy a hacer, en general?»

—¿Qué hacer?—dije, encogiéndome de hombros.—No se puede responder inconsideradamente a tal pregunta.

—Le exijo una respuesta franca—continuó ella irritada.—Si he decidido plantearle esta cuestión, no será indudablemente, para contentarme con una respuesta vaga. Le suplico—insistió, golpeando la mesa con la palma de la mano, cual si llevara el compás—que me diga qué tengo que hacer aquí... Y no sólo aquí, en Niza, sino en general.

Yo callaba, mirando por la ventana el horizonte del mar. Mi corazón latía con violencia.

—Vladimiro Ivanitch — prosiguió, más tiernamente con voz entrecortada, como si le costase trabajo expresarse,—Vladimiro Ivanitch, si usted mismo no tiene ya fe en su causa, si no se cuida ya de servirla ¿por qué me ha traído de San Petersburgo aquí? ¿Por qué me hizo usted promesas y suscitó en mí esperanzas?... Sus convicciones se han modificado, ha variado usted: claro es que nadie intenta reprochárselo como un crimen, que a veces nuestras convicciones escapan a nuestra voluntad... Pero, pero en nombre de Dios, ¿por qué no es usted sincero, Vladimiro Ivanitch? — prosiguió diciéndola ella con el mismo dulce acento y acercándose a mí. Cuando, todos estos últimos meses, tenía yo sueños, en voz alta, cuando emitía proyectos que me transportaban; que derumbaba yo mi vida de arriba abajo, para edificarla sobre nuevas bases, ¿por qué me alentaba con sus relatos? ¿Por qué demostraba usted, por su actitud, simpatizar enteramente conmigo? ¿Por qué procedía usted de ese modo?

—Es difícil que uno confiese su

quiebra—contesté sin alzar la vista hacia ella.—Sí, es verdad, ya no tengo fe en mi causa, estoy agotado, he perdido mis fuerzas morales... Es penoso ser sincero, cuesta mucho: vea ahí por qué callaba... A nadie deseo que padezca lo que yo he padecido...

Noté que estaba pronto a prorrumbar en sollozos, y me detuve.

—Vladimiro Ivanitch — me dijo asiéndome ambas manos,—usted ha vivido y padecido mucho; tiene mucha más experiencia que yo: consúltese seriamente y dígame lo que tengo que hacer. ¡Instrúyame! ¡Ya que no tiene usted la energía necesaria para perseverar en su camino y guiar a las demás, enséñeme al menos el camino! Considere que soy una criatura humana, joven, una criatura que siente y piensa. Prolongar una posición falsa, representar no sé qué papel absurdo... me es imposible. Nada le reprocho, no le acuso: le suplico...

Sirvieron el té.

—¡Vamos!—dijo Zenaida Fedorovna ofreciéndome una taza.—¿Qué me contesta usted?

—¡No entra toda la luz por una

sola ventana! ¡Hay más guías que yo, Zenaida Fedorovna!

—¡Pues bien, indíquemelos! ¡Es todo cuanto le pido!

—Quiere decir que se puede servir las ideas en más de un terreno. Si uno se ha engañado, si ha perdido la fe en una idea, puede adherirse a otra. El mundo de las ideas es vasto e inagotable.

—¡El mundo de las ideas!...—exclamó, mirando sarcásticamente.— Si así es, vale más que concluyamos aquí...

Se le coloraba el rostro.

—¡El mundo de las ideas!...—repitió, arrojando la servilleta con un mohín de indignación y desdén. ¡Todas sus buenas ideas veo que se resumen en la conclusión inevitable y necesaria de que yo debo ser su concubina y convergen a ella!... ¡Según usted, eso es lo que he de hacer!... ¡Tener sed de ideas y no ser amante del hombre más «hombre de ideas» que existe es, evidentemente, no entender nada de ideas!... Primero hay que empezar por dormir juntos: lo demás vendrá naturalmente, ¿no es eso?

—¡Muy encolerizada está usted, Zenaida Fedorovna!—le dije.

—¡No!—exclamó ella—¡soy franca! (Apenas podía respirar). ¡Franca, nada más!

—Quizá lo sea usted en efecto; pero se equivoca, y sus palabras me afligen.

—¡Qué me equivocó!—exclamó con una carcajada.—¡Ah! ¡más le valiera callar, señor mío!... Voy a parecerle desprovista de la más elemental delicadeza, y hasta cruel; pero ¡no importa!, y me preguntó: «¿Me ama usted, verdad?... ¿Verdad que me ama?»

Yo me encogí de hombros.

—¡Oh! ¡sí, encójase!—exclamó con el mismo acento sarcástico. Cuando estaba usted enfermo, le oí hablar delirando y sorprendí su confesión... Además, esos ojos en continuo éxtasis ante mí, esos suspiros, esas frases tan intencionadas sobre la fraternidad de las almas, sobre las afinidades espirituales... Mas lo principal para mí es esto: ¿Por qué no ha sido usted franco hasta ahora? ¿Por qué me ocultaba lo que había y me embaucaba con lo que ya no había? Si me hubiera expuesto desde

un principio las verdaderas ideas que le impulsaban a sacarme de San Petersburgo, habría sabido a qué atenerme. Me hubiese envenenado simplemente, cual era mi deseo, y así me hubiera ahorrado la insípida comedia de hoy... ¡Eh!—añadió con un ademán de desesperado abandono.—¿De qué sirve, por otra parte, esta conversación?

Sentóse otra vez.

—Me habla usted en un tono... como si sospechase que he abrigado perversas intenciones respecto de usted...

—¡Bueno! ¡bueno! No hace falta insistir. No son sus intenciones lo que recrimino, sino la ausencia de intenciones. Fuera de las ideas y el amor, no había nada en usted... ¡Hoy no hay más que el amor y las ideas; pero, mañana, tendré que convertirme en su coima, sí!... porque así es la regla, tanto en las novelas como en la realidad... Usted le condenaba a *el*—añadió aporreando la mesa con la palma de la mano,—y, sin embargo, hay que acogerse a su opinión: él desprecia todas las ideas; ¡en medio de todo, no le falta razón!

—¡No desprecia las ideas, las temel—grité.—¡Es un hombre despreciable, un embustero!

—¡Bien! ¡bien!... ¡Podemos hablar! ¿Es embustero y despreciable porque me ha engañado?... Bueno; pero ¿y usted? Dispense por favor, tan franca pregunta: ¿y usted?... Él me engañó y hasta me abandonó, en San Petersburgo; usted me ha engañado, me ha abandonado aquí... Pero, cuando menos, él no se atribuía ideas, mientras que usted...

—¡En nombre de Dios! ¿por qué dice usted eso?—exclamé aterrorizado, lanzándome a ella.—No, Zenaída Fedorovna, no, no está permitido dejarse llevar a semejante desesperación... Escúcheme, —continué, agarrándome a una idea que súbitamente se aclaraba en mi imaginación.—Escúcheme. Han cruzado por mi vida muchos acontecimientos, tantos, que su solo recuerdo me produce vértigo... Y hoy, con toda mi alma dolorida, con todo mi entendimiento, he comprendido que el hombre no tiene más que una razón de ser, una sola: el amor, el amor que se sacrifica a otro... ¡He ahí mi religión!

Quise luego predicar clemencia y perdón; pero mi voz sonaba a ficción y me turbé.

—¡Quiero vivir!—exclamé con más sinceridad.—¡Quiero vivir!... Quiero paz, calma, quiero este calor, este mar, y tener a usted a mi lado... ¡Oh! ¡Cuánto desearía inspirar a usted también ese deseo apasionado de vivir!... Usted ha hablado de mi amor; pero yo me contentara con saber que la tengo a mi lado, con oír su voz, con contemplar su rostro...

Ella se sonrojó y para impedirme continuar, declaró vivamente:

—¡Usted ama la vida y yo la aborrezco! Luego no vamos por el mismo camino.

Vertióse una copa de té; mas no la tocó. Poco después, fué a su cuarto a acostarse.

—Creo—dijo desde allí—que obvia prolongar esta conversación. Para mí todo ha concluido y no deseo nada... ¿A qué, pues, estos discursos?

—¡No, no ha concluido todo para usted!

—¡Bueno! ¡bueno!... Yo ya sé lo

que digo... ¡Y estoy harta!... ¡Muy harta!...

Me quedé un momento de pie, y luego caminé unos minutos por el cuarto. Al fin me fui al pasillo.

A media noche, volví a escuchar a su puerta y percibí claramente sollozos ahogados.

* * *

A la mañana siguiente, al traerme la ropa, el mozo me anunció, con una sonrisa, que la «señora del trece» daba a luz.

Vestime a escape, y, trastornado, entré, en el cuarto de Zenaida Fedorovna. En sus habitaciones había un médico, una comadrona y una dama rusa de edad, llegada de Khar-kof y llamada Daria Mikhailovna. Allí olía a éter.

Apenas hube traspasado el umbral de la habitación, cuando, desde el cuarto, me llegaron los quejidos de la enferma, y, cual si el viento los trajese de Rusia a mis oídos, me acordé de pronto de Orlov, de su ironía, de Paulina, del Neva, de los grandes

copos de nieve, del coche sin alero, de la siniestra profecía que leí en el cielo glacial de la mañana y del grito desesperado de: «¡Nina!... ¡Nina!...»

—¡Entre a verla!—me dijo la dama rusa.

Entré en el cuarto de Zenaida Fedorovna, con la misma impresión que si hubiera sido yo su padre.

Estaba acostada, con los párpados cerrados, el rostro estirado y pálido, bajo una cofia de encaje blanco. Observé la doble expresión de aquel rostro: indiferencia débil y fría y aspecto infantil que le daba la cofia blanca.

No me oyó entrar, o tal vez me oyera; pero sin parar la atención en mi presencia. Me quedé no lejos de ella y no quitaba de ella la vista. Yo esperaba.

De repente, contrájosele el rostro, por la influencia del dolor. Abrió los ojos y los alzó hacia el techo, como para empaparse de lo que le sucedía... Su fisonomía reveló repugnancia.

—¡Qué miseria!—exclamó muy bajito.

—¡Zenaida Fedorovna!—llamé débilmente.

Me miró, con su aspecto de triste apatía y cerró los párpados. Esperé un rato más y luego me retiré.

* * *

Por la noche, Daria Mikhailovna me anunció que Zenaida Fedorovna había dado al mundo una niña; pero que la madre estaba gravísima.

Luego; todo era ir y venir, producíase ruido en el pasillo... Daria Mikhailovna volvió otra vez a mi cuarto, con la faz desolada por la desesperación, torciéndose las manos y lamentándose:

—¡Esto es terrible, terrible! ¡El médico sospecha que Zenaida Fedorovna se ha envenenado!... ¡Oh! ¡Qué mal se portan aquí nuestros paisanos!...

Y al mediodía siguiente, Zenaida Fedorovna murió...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1620 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XVIII

TRANSCURRIERON dos años. Las circunstancias habían variado en Rusia, y pude volver a San Petersburgo, en donde desde entonces podía vivir sin esconderme.

Ya no temía ser y parecer sensible en exceso, y me absorbía en el amor paterno, o, más exactamente, en la idolatría que tenía para Sonia, la hija de Zenaida Fedorovna.

Yo la alimentaba con mis manos, la bañaba, la acostaba yo mismo; pasaba noches enteras a su lado contemplándola; y no podía contener una exclamación cuando me pa-

recía que se le iba a caer al ama seca.

Con el tiempo se hizo aún más fuerte e imperioso mi deseo de una existencia ordinaria, regular, burguesa; pero los antiguos y vastos proyectos de que antes formaba el centro ese deseo convergían todos en Sonia, como si al fin hubieran hallado exactamente en ella, lo que me era esencialmente necesario.

Yo amaba con delirio a la niña.

Ésta se me aparecía como la continuación de mi ser, como mi supervivencia, y yo sentía con nitidez, creía con fe casi religiosa que, cuando al fin, me despojase yo de este cuerpo largo, huesudo y barbudo, reviviría en aquellos preciosos ojos azules, en aquellos cabellos rubios, finos y sedosos, en aquellas manitas abultadas y rosadas que tan tiernamente me acariciaban el rostro y se enlazaban en mi cuello...

Inquietábame el porvenir de Sonia, me horrorizaba. Su padre era Orlov; su partida de nacimiento la apellidaba Krasnovsky, nombre de su padre legal. Y el único hombre que sabía su existencia y que se in-

teresaba por ella, hablo de mí, entreveía ya el fin de su misión. Había que ocuparse seriamente en la niña.

* * *

Fuí a casa de Orlov.

Me abrió la puerta un viejo alto, de patillas rojas, sin bigote, probablemente alemán.

Paulina, que estaba arreglando el salón, no me reconoció. En cambio Orlov me reconoció al momento.

—¡Hola! ¡Señor terrorista!—exclamó, mirándome con curiosidad y riéndose.—¿Qué aires le traen por aquí?...

No había variado: el mismo rostro cuidado y desagradable, el mismo matiz de ironía. Sobre la mesa, como en lo pasado, había un libro nuevo, y, en el libro, un cortapapel de marfil. Al parecer, al llegar yo, leía.

Me indicó un asiento, me ofreció un cigarro, y con la delicadeza de las gentes muy bien educadas, disimulando la desagradable impresión que le producían mi cara y mi flaca figura de hombre que llega a su fin,

me dijo, como de pasada, que yo nada había cambiado y que era fácil reconocermé, a pesar de mi larga barba.

Hablamos del tiempo, de París... Para librarse cuanto antes de la triste e inevitable pregunta que a ambos nos atormentaba, me dijo:

—¿Ha muerto Zenaida Fedorovna?

—Sí, ha muerto—contesté.

—¿De parto, verdad?

—Sí, de parto... Es decir, el médico sospechó otra causa. Pero para usted y para mí es preferible suponer que murió de dar a luz a su hija.

Lanzó un suspiro, impuesto por las leyes sociales, y hubo una pausa, un momento de reflexión, uno de esos instantes en que la resignación purifica los corazones y mejora el alma humana.

Al poco rato, prosiguió Orlov:

—Como usted ve, en mi casa todo continúa igual que antes. No hay grandes modificaciones—añadió al ver que yo examinaba detenidamente el despacho.—Mi padre se ha retirado. Yo sigo en el mismo ministerio. Pekarski... ¿se acuerda de Pekarski?... continúa siempre igual...

Grouzine murió de difteria, el año pasado... Koukouchkine vive y se acuerda de usted con frecuencia.

—Y a propósito—añadió Orlov bajando la vista—al saber quien era usted, dijo en todas partes que usted le había asaltado con intención de matarle, y que le costó gran trabajo escapar...

Yo contesté con el silencio.

—Los viejos criados no olvidan a sus amos—prosiguió diciendo Orlov, a modo de broma:—le agradezco que haya venido a verme... ¿Quiere usted tomar café ó una copita de oportó?

—No, gracias, Jorge Ivanitch... Lo que me ha traído aquí es un asunto muy grave.

—No soy aficionado a cosas graves. Pero tendré mucho gusto en complacerle. ¿En qué puedo servirle?

—He aquí lo que ocurre—contesté emocionado.—Tengo en casa a la hija de la difunta Zenaida Fedorovna. Hasta ahora, me he cuidado yo de su educación; pero, como usted ve, el día menos pensado puedo desaparecer: ¡se me acaba la vida!...

Quisiera morir pensando en que queda asegurada la existencia de esa niña.

Orlov se puso ligeramente colorado, mohino, y me dirigió una mirada rápida y severa. Lo que le afectaba no era precisamente el «asunto grave» en sí mismo, sino más bien mis observaciones sobre mi próxima muerte.

—Sí—respondió,—hay que pensar en ello.

Y colocóse la mano a modo de visera, como para protegerse los ojos contra el sol.

—Se lo agradezco—añadió.—¿Dice usted que es niña, verdad?

—Sí, una niña... Una nena admirable.

—Sí... claro está... no es un perrito, es un sér humano... Hay que reflexionar detenidamente... Por mi parte, estoy absolutamente dispuesto a hacer todo lo posible, y se lo agradezco infinito.

Se levantó, dió algunos pasos por el cuarto mordiéndose las uñas, y se detuvo ante un cuadro, volviéndome la espalda.

—Hay que reflexionar detenida-

mente—repetía con voz sorda.—Esta tarde veré a Pekarsky y le encargaré que se vea con Krasnovsky. Supongo que Krasnovsky no tendrá inconveniente en encargarse de la niña.

—Dispense usted—repliqué, levantándome y yendo a examinar otro cuadro;—pero no sé lo que pueda tener que ver Krasnovsky en este asunto.

—¡Es que la niña lleva su apellido! ¡A lo menos así lo espero!—dijo Orlov.

—¡Oh! si miramos desde el punto de vista legal, es posible que él tenga que recoger a la niña; pero no he venido a hablarle de leyes, Jorge Ivanitch.

—Sí, es verdad—asintió vivamente Orlov.—No cabe duda de que digo tonterías; mas no se preocupe por esto. Lo arreglaremos todo de común acuerdo. De un modo o de otro, hallaremos solución para tan delicado asunto. Pekarsky lo arreglará todo... Tenga la amabilidad de dejarme su dirección, y le escribiré enseguida la resolución que tomemos... ¿Dónde vive usted?

Orlov apuntó mi domicilio, suspiró y dijo con una sonrisa:

—¡Ah! ¡qué trastorno ser padre de una hijita, Dios mío! ¡Pero Pekarsky lo arreglará todo! Es un señor inteligente... ¿Se ha quedado usted mucho tiempo en París?

—Unos dos meses.

Callamos durante algunos momentos. Orlov, temiendo seguramente que volviese yo a hablar de la niña y queriendo desviar mi atención, continuó:

—Ya no se acordará usted de que me escribió una carta. La he conservado. Sobrado comprendo el estado de ánimo en que estaba usted entonces, y la verdad, aprecio su carta. «Maldita sangre helada... asiático... risa irónica...», ha salido muy bien y es bastante tópico—prosiguió, sonriendo irónicamente.—La idea principal se acerca mucho a la verdad, convengo en ello, si bien... sobre eso se podría discutir hasta lo infinito... Es decir que podría discutirse, no la idea en sí misma—añadió algo cohibido;—sino el modo de ver usted la cuestión, lo que llamaría yo su temperamento... Sí; mi vida

es anormal, torpe, no vale nada, es cierto. Sí; el desprecio me impide empezar otra existencia mejor... también tiene usted razón en ese punto... Pero, en cambio, no la tiene cuando se deja usted conmover por todo eso hasta entregarse a la desesperación.

—Un hombre de corazón no puede dejar de conmoverse, no puede dejar de desesperarse al ver a los demás perecer y al notar que él mismo perece.

—¡Claro que no! Por eso no precinizo yo la indiferencia; sólo pido que se considere la vida de una manera más objetiva, nada más... Cuanto más objetivo se es, tanto menos expuesto se halla uno a error. Hay que llegar al fondo de las cosas y buscar la causa fundamental de cada fenómeno. Somos débiles, enclenques, caducos: nuestra generación se compone de neurasténicos y gemidores; no hacemos más que hablar de cansancio y lasitud, sí, es verdad. Pero ni usted ni yo tenemos la culpa: tanto unos como otros, somos demasiado pequeños para que pueda depender de nuestra voluntad la suerte

de toda una generación. Las causas de este fenómeno serán probablemente numerosísimas y de orden más bien biológico. Somos neurasténicos, débiles, despreciables; pero ¿quién sabe si todo esto no será conveniente y hasta necesario para las generaciones futuras?... La Sagrada Escritura afirma que no cae un solo cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Padre Eterno; nosotros aseguramos que, tanto en la naturaleza como en los medios humanos, nada es producto de la casualidad. Todo se encadena y nada hay que no sea necesario. Y, desde el momento que es así, ¿para qué escribir cartas desesperadas?

—Tal vez sea cierto cuanto usted me dice—le contesté, tras un momento de reflexión.—También yo creo que las generaciones venideras se orientarán en la vida mejor y más fácilmente que nosotros; nuestra propia experiencia podrá servirles. Pero uno quiere vivir para sí mismo y no para las generaciones sucesivas, o cuando menos, no exclusivamente para ellas. La vida se nos concede sólo una vez. Se qui-

siera vivirla de una manera enérgica, sensata, bella. Se quisiera representar un papel importante, un papel capital... Se desearía participar de la historia, de tal manera que esas generaciones futuras no digan, no tengan motivos para decir de cada uno de nosotros: «Era una nulidad, u otra cosa peor...» Reconozco la necesidad, la cualidad de conexión de cuantos fenómenos se producen en torno nuestro; pero ¿qué me importan esa conexión y esa necesidad, y para qué había de sacrificarles mi propio «yo»?

—¿Y qué puede hacerse? ¿Cómo impedirlo?—dijo Orlov, suspirando.

Luego se levantó, como para darme a entender que había terminado la conversación.

Yo le imité.

—Apenas hemos pasado juntos media hora, y ¡cuántos problemas agitados!—dijo finalmente Orlov, acompañándome al vestibulo.—Y respecto del asunto en cuestión, puede usted estar tranquilo; hoy mismo haré cuanto sea preciso y veré a Pekarsky.

Esperó que me pusiera el abrigo,

y se veía que estaba muy contento ante la idea de que yo iba a marcharme al instante.

—¡Jorge Ivanitch, devuélvame mi carta!—le dije.

—¡Con mucho gusto! ¡A sus órdenes!

Se fué al despacho y al minuto volvió, con mi carta en la mano. Le dí las gracias y me marché.

* * *

Al día siguiente recibí una misiva suya. Me daba la enhorabuena por la solución hallada al asunto: «Pekarsky—escribía—conocía a una señora que tiene una casa de huéspedes, en la que admite hasta niños pequeños. Esta persona es de absoluta confianza; pero antes de entrar en tratos con ella, habría que ver a Krasnovsky, por cuestión de fórmula y para satisfacer las conveniencias sociales y los trámites de la ley.»

Me recomendaba que fuese en seguida a casa de Pekarsky, con la

partida de nacimiento de la niña, si yo la tenía:

«Reiterándole la seguridad de mi más distinguida consideración, quedo de usted atento y seguro servidor...»

Yo leía esta carta, y Sonia, instalada ante una mesa, mirábame atentamente, sin sospechar que en aquel momento se decidía su propia suerte...

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
P.O. BOX 1638, MONTERREY, MEXICO